

ningún consejo, por parte de quienquiera que sea, del que no dé conocimiento á Su Majestad, hasta el punto de no ocultarle los menores discursos que se le hagan para inspirarle recelos del rey y de sus Consejos... De lo que ruega á la reina, su madre, que responda por él, suplicándole muy humildemente que crea que cumplirá de buena fe lo que promete en sus manos y en su presencia como ante un altar en el que ve la imagen viviente del que castiga eternamente los perjurios, y en el que tiene delante de los ojos la memoria gloriosísima del difunto rey, su muy honrado señor y padre. En vista de lo cual, el rey se ha servido dar su fe y palabra real á su señor hermano de que le tiene y quiere tenerle no sólo como hermano, sino también como su propio hijo. Después de estas promesas, la reina, llorando, elevando sus manos al cielo y rogando á Dios por la unión, grandeza y felicidad de sus dos hijos, les ha conjurado, en nombre de Dios y por los más tiernos afectos de la naturaleza, á que quieran estar siempre unidos... y quieran amarse uno á otro cordialmente y con sinceridad.»

Richelieu había redactado estas declaraciones y dado este carácter dramático á la reconciliación de la familia real. Si las precauciones para cerrar toda escapatoria á la voluntad débil de Gastón; si el recuerdo de las penas contra el perjurio denuncian al confesor y al sacerdote, el altar en donde aparece Dios en compañía de Enrique IV, los ruegos, el llanto y las solemnes exhortaciones de la reina madre, revelan en Richelieu un instinto del teatro que procurará aplicar á otras cosas.

Para introducir la división entre los que intrigaban, había pensado el ministro en hacer algunas proposiciones á Condé, quien, asombrado de la energía de aquél, trataba de unirse de nuevo con los afortunados. El rey y María de Médicis aceptaron el ser padrinos del duque de Enghien, nacido en 1621 y que fué el gran Condé; y el mismo día de la prisión de De Ornano se celebró el bautizo en Bourges, estando Luis XIII representado por Montmorency. Condé obtuvo autorización para visitar al Cardenal en Limours.

«Aconsejó enérgicamente que se terminara el proceso del mariscal De Ornano; que esto era un golpe magistral y que había que nombrar comisarios... Decía... que nunca hubo ministro más grande que él (el Cardenal) en este Estado, ni tan desinteresado...; que en la cuestión de Italia y de los grisonos había preferido la gloria del rey y la grandeza del Estado á los intereses de Roma que su propia dignidad le obligaba á querer. En aquel acto podía temer la censura de los fanáticos desconsiderados, las calumnias de los escritores; todo lo había despreciado generosamente.»

Tranquilizado por este lado, volvióse Richelieu contra los Vendome; como se trataba de los hijos naturales de Enrique IV, el ministro abrigaba la duda de si el rey tendría valor para mandarlos prender, y para sondear el ánimo de su soberano, pretextó el mal estado de su salud y pidió permiso para retirarse del gobierno. Pero Luis XIII, que no tenía tales escrúpulos de sentimiento y que, por otra parte, siempre había detestado á los bastardos, no admitió la dimisión de Richelieu, alabando su celo y su capacidad y llegando hasta prometerle que le denunciaría á sus envidiosos y á sus enemigos. «Tened la seguridad de que siempre

seré el mismo y de que si alguien os ataca, sea quien fuere, me tendréis á vuestro lado.» El Gran Prior, fiado en la promesa equívoca que el rey le dió de no tratar á su hermano peor que á él, fué á buscarle á Bretaña y lo llevó á la Corte (11 de junio de 1626); pero dos días después fueron arrestados mientras dormían y encerrados en el castillo de Amboise. El Cardenal se enteró de aquella detención por una carta de Luis XIII: «Vuestra Majestad, respondió, es tan prudente y tan sabia, que no es posible que yerre en sus consejos.»

A pesar de estos actos de vigor, los «cabalistas,» es decir, los intrigantes persistían en impedir el matrimonio y reprocharon á Gastón que abandonara á su ayo. La señora de Chevreuse, que había arrancado á Chalais el secreto de su acuerdo con el ministro, le comprometió aún más en el complot, y habiendo Richelieu tenido noticia de este cambio, hizo vigilar á aquél y supo que de noche iba á conferenciar con Gastón. El conde de Soissons aconsejaba á éste con insistencia que fuese á refugiarse en la Rochela; pero Gastón se negó á ello, sea por escrúpulo religioso, sea por no ofender al partido devoto. La Valette, que mandaba en Metz y á quien se había pedido que acogiera en aquella plaza al hermano del rey, consultó con su padre, De Epernon, quien avisó á Luis XIII. El monarca, que había ido á Nantes para celebrar los Estados de Bretaña, hizo prender en 8 de julio á Chalais y nombró, para que instruyera su proceso, á una comisión compuesta de relatores, de consejeros y de presidentes del Parlamento de Rennes y presidida por el guardasellos. Este fué el primero de esos juicios por comisarios tan frecuentes durante el ministerio de Richelieu y que, aun en aquella época en que el rey era considerado como fuente de toda justicia, parecieron una violación del derecho y de la humanidad.

Gastón era de esos culpables «en cuyo castigo no se quiere pensar.» El 10 de julio había montado á caballo para huir, y al día siguiente negociaba un arreglo con su hermano y en presencia de éste, de la reina madre y de Richelieu, soltaba frases y hacía confidencias que comprometían á De Ornano, á Chalais, á los Vendome y á Ana de Austria. Pero al mismo tiempo seguía intrigando y relataba sus proyectos de fuga, preparándose para huir. La señora de Chevreuse y la joven reina se arrodillaron á sus pies suplicándole que no se casara con la señorita de Montpensier hasta después de haber obtenido el indulto de su ayo; y sus amigos de París le decían que «si dejaba perder á Chalais y que se hiciera justicia en él, no encontraría nunca más á nadie que quisiera servirle.» Gastón fué á decirselo á su madre creyendo conmovérla; pero precisamente por esta razón había resuelto Richelieu la muerte de Chalais. La promesa de una dote considerable dispuso los últimos escrúpulos del hermano del rey, quien el día 5 de agosto se casó con la señorita de Montpensier, habiendo oficiado y bendecido la unión el propio Richelieu.

Los comisarios citaron á la duquesa de Chevreuse, al conde de Soissons y al duque de Longueville; decretaron la prisión del duque de Epernon, del marqués de La Valette y de otros personajes sospechosos y condenaron á Chalais á ser decapitado y descuartizado, y á que sus miembros fueran luego expuestos en los cua-

tro extremos de la ciudad; pero el rey, moderando esta sentencia, dió el cadáver á la madre del condenado. Chalais fué conducido «á la plaza de Bouté» para sufrir la pena. Sus amigos habían conseguido que el verdugo de Nantes se evadiera; pero los jueces no perdieron el tiempo enviando á buscar al de Rennes, sino que confiaron la tarea de ejecutar al infeliz á un criminal á quien perdonaron la vida. Este ejecutor improvisado trabajó de una manera tan torpe «que además de los dos primeros tajos de una espada suiza que se compró allí mismo, le asestó treinta y cuatro golpes con una doladera de que se sirven los toneleros y se vió obligado á darle la vuelta (al cuerpo) del otro lado para rematarlo, habiendo el paciente gritado hasta el vigésimo cuarto golpe «Jesus, Maria et Regina Coeli» (19 de agosto).

El gobierno no tenía interés en encontrarle demasiados cómplices, así es que sobreesayó la causa para los personajes inculcados; esto no obstante, la señora de Chevreuse fué desterrada. Ana de Austria hubo de comparecer ante su marido que la acusó de haber deseado su muerte para casarse con Gastón, á lo que ella contestó con acento indignado que habría ganado demasiado poco en el cambio. Por su parte, Ana reprochó á la reina madre, que estaba presente, todas las persecuciones de que ella y su hechura, el cardenal, la hacían objeto; mas no por esto logró convencer á Luis XIII de la pureza de sus intenciones. El rey perdonó, pero no olvidó jamás, y Ana de Austria no asistió á la sesión solemne de la Asamblea de los notables (diciembre de 1626), en la que, en cambio, María de Médicis ocupaba en el trono un puesto al lado de su hijo.

Era la primera vez, desde el advenimiento de Luis XIII, que se castigaba con tal rigor un complot aristocrático. Los amigos de los presos (1) y del muerto amenazaron con matar á Richelieu, y éste juzgó prudente agregar veinte hidalgos más á los treinta que le habían dado escolta durante todo el viaje de Nantes.

«Os confieso, escribía á su amigo Bouthillier, que es mala cosa verse obligado á hacerse guardar; y es seguro que desde el momento en que uno se ve reducido á tal situación, puede despedirse de su libertad; sin embargo, si fuese preciso volver á hacer las cosas que he hecho para verme obligado á ello, de nuevo las haría de muy buena gana, y cuanto más buscarán ellos mi vida, tanto más procuraré yo servir al rey.»

CAPITULO III

FIN DEL PARTIDO PROTESTANTE (2)

I. Unión de los católicos contra los protestantes. - II. Ruptura con Inglaterra. - III. El sitio de la Rochela. - IV. La sucesión de Mantua. - V. La paz de gracia.

I.—Unión de los católicos contra los protestantes

«Mientras haya hugonotes en Francia, escribía Richelieu en mayo de 1625, el rey no será nunca el amo en el interior ni podrá emprender nunca una acción

(1) De Ornano murió de calentura maligna en Vincennes, en septiembre de 1626.

(2) FUENTES: Avenel, *Lettres, instructions diplomatiques et*

gloriosa en el exterior.» Estas palabras eran la sentencia condenatoria del partido.

Richelieu trabajó para crear una fuerza naval capaz de derrotar á los rebeldes sin ayuda de las marinas extranjeras, y para llevar á cima esta obra, se la reservó para sí, haciéndose dar por la reina madre el gobierno de la ciudad y del puerto de Brouage (4 de febrero de 1627), comprando á Villars-Brancard los del Havre y Honfleur, aboliendo el cargo de almirante de Francia, si bien adjudicándose todos los poderes anejos al mismo bajo el título de gran maestre jefe y superintendente general de la navegación y comercio de Francia (octubre de 1626), mandando construir grandes buques y fundando la Compañía del Morbihán, para lo cual tuvo en cuenta que una flota mercante podía fácilmente transformarse en flota de guerra.

Antes de atacar á los protestantes era menester pacificar á los católicos. El Parlamento había quemado y la Sorbona censurado los *Mysteria politica* y la *Admonitio*, y el obispo de Chartres, Leonor de Etampes, hizo aceptar por la Asamblea general del Clero, entonces reunida, un proyecto de declaración contra estos mismos libelos. Pero habiendo varios obispos, después de maduras reflexiones, considerado peligroso englobar en la condenación de los libelos la doctrina de la supremacía pontificia en ellos contenida, propusieron é hi-

papiers d'Etat du cardinal Richelieu, II y III. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VII y VIII. *Mercure françois*, XII-XV. D'Argentré, *Collectio judiciorum de novis erroribus qui ab initio duodecimi seculi... usque ad annum 1632, in Ecclesia proscripti sunt et notati*, II (1521-1632), París, 1728. *Collection des Procès-verbaux des Assemblées générales du Clergé de France depuis 1560*, II, 1768. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 2.ª parte. Federico Leonard, *Recueil des Traites de paix... faits par les rois de France avec tous les princes et potentats de l'Europe*, 1693, IV y V. Carlos Bernard, *Histoire du roy Louis XIII*, 1646. Claudio Malingre, *Suite de l'histoire de la rebellion pendant les années 1625-1629*, París, 1629. Dr. T. Kükelhaus, *Zur Geschichte Richelieus. Unbekante Papiere Fancans*, «Historische Vierteljahrschrift», 1899, II. *Relation du siège de La Rochelle*, «Archives curieuses», 2.ª serie, III. Pedro Merault, *Journal des choses mémorables qui se sont passées au dernier siège de La Rochelle*, 1671. *Relation ou Journal du siège de La Rochelle; secours de Casal par le Roy en personne et retour en Languedoc...* «Mémoires de Fontenay-Mareuil», Mich. y Pouj., 2.ª serie, V. Rodocanachi, *Les derniers temps du siège de La Rochelle*, 1899. *Mémoires du duc de Rohan*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, V. *Mémoires de J. de Bouffard-Madiane sur les guerres civiles du duc de Rohan (1610-1629)*, pub. por Pradel, «Archives historiques de l'Albigeois», fasc. V, 1898. Victor Siri, *Memorie recon dite*, VI.

OBRAS DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, III. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758, I. P. E. Puyol, *Edmond Richer, Etude historique et critique sur la rénovation du gallicanisme au commencement du XVII^e siècle*, II, 1876. El P. Prat, *Recherches historiques et critiques sur la Compagnie de Jesus en France du temps du P. Cotton*, IV, 1876. P. Houssaye, *Le P. de Bérulle et l'Oratoire de Jesus*, 1874 (1611-1625); del mismo, *Le cardinal de Bérulle et le cardinal de Richelieu (1625-1629)*, 1875. Rapin-Thoyras, *Histoire d'Angleterre*, 1725, VII. Gardiner, *History of England*, 1891, VI y VII. Luis Batifol, *Au temps de Louis XIII*, 1904. Pedro Orsi, *Il carteggio di Carlo Emanuele I*, en el *Carlo Emanuele I, duca di Savoia*, Turín, 1891. G. Curti, *Carlo Emanuele I, secondo i più recenti studi*, Milán, 1897. Conde Horrie de Beaucaire, *Les machines de Du Plessis-Besançon au siège de La Rochelle en 1628*, «Archives historiques de la Saintonge et de l'Aunis», XVIII (1890). A. Laugel, *Henry de Rohan (1579-1638)*, 1889. Schybergson, *Le duc de Rohan et la chute du parti protestant en France*, 1880. Dom Vaissete, *Histoire de Languedoc*, XI y XII.

cieron votar por la mayoría de sus colegas otra declaración. El Parlamento, que por decreto de 21 de enero de 1626 había prohibido a la asamblea modificar en lo más mínimo la fórmula de Leonor de Etampes, ordenó a los obispos refractarios que dentro de quince días regresaran a sus diócesis bajo pena de confiscación del temporal. El Consejo del rey avocó el conflicto y sin adoptar resolución alguna impuso silencio a todos (26 de marzo de 1626).

Entonces apareció un nuevo libelo, las *Quaestiones quodlibeticæ* dedicadas al cardenal de Richelieu ó de la Rochela (*seu de Rupella*), en el que bajo la forma de preguntas se reproducían los ataques de los *Mysteria politica*. La opinión señalaba (equivocadamente) como autor del mismo a un jesuita, el P. Garasse.

La Universidad creyó que aquel era el momento oportuno para confundir a sus competidores. El rector, Tarin, que había publicado extractos de los *Mysteria* y de la *Admonitio* con el título de *Capita doctrinae Jesuiticæ*, acusó aun más enérgicamente después de la aparición de las *Quaestiones*; y habiendo los jesuitas pedido protección al Consejo del rey, Richelieu dispuso que el asunto se enviase al Parlamento, el cual se encontró constituido en juez de las doctrinas de la Compañía (enero de 1626).

A los pocos días (6 de febrero) el librero Sebastián Cramoisy recibía de Roma un *Tractatus de haeresi, schismate... et de potestate Romani pontificis in his delictis puniendis* («Tratado de la herejía, del cisma... y del derecho que tiene el pontífice romano de castigar estos delitos»), en el que su autor, el P. jesuita Santarelli, decía que el papa puede «destituir a los reyes no sólo por herejía y por cisma, sino también por algún crimen intolerable, ó por su insuficiencia, ó por su negligencia,» y que tiene poder para amonestarlos y para «castigarlos con pena de muerte.»

El Parlamento condenó la obra al fuego (13 de marzo de 1526), emplazó a los Jesuitas de París para que comparecieran ante él y les obligó a firmar una declaración en la cual afirmaban detestar «la mala doctrina contenida en el libro de Santarelli...» reconocían «que Sus Majestades dependen independientemente de Dios» y se mostraban «dispuestos a derramar su sangre y a exponer su vida en todas ocasiones por la confirmación de esta verdad.» También la facultad de Teología condenó en 1.º de abril de 1626 la doctrina de Santarelli por falsa, errónea y contraria a la palabra de Dios.

Richelieu había querido amedrentar a los Jesuitas, pero no consideraba prudente exasperarlos; «en cual caso, decía al rey, podría haber mil almas furiosas y endiabladas que, so pretexto de un falso celo, serían capaces de adoptar malas resoluciones que no se reprimen con el fuego ni con otros castigos.» La enérgica y ardiente minoría de la facultad de Teología se agitaba reclamando una nueva votación, y su jefe, el doctor Du Val, fué a declarar a la reina madre que la mayoría de sus colegas y él estaban dispuestos a derramar su sangre ó a salir del reino, antes que suscribir la censura de Santarelli. Marillac apoyaba a los Jesuitas, y el nuncio Spada había roto sus relaciones con Richelieu.

Este tenía ya sobrados enemigos, y como los com-

plots de la corte y la guerra inminente con Inglaterra a fines de 1626 le obligaban a reconciliarse con el partido devoto y con el papa, hizo las paces con el nuncio Spada y se entendió con Berulle para obtener de la Sorbona, bien una revocación de la censura de Santarelli, bien una nueva censura que no comprendiese las pretensiones pontificias. Y en vista de que el Parlamento apoyaba con sus decretos a los galicanos, el rey prohibió (2 de noviembre de 1626) que se disputara «sobre la afirmativa ó la negativa de las proposiciones concernientes al poder y a la autoridad soberana de Su Majestad y de los otros reyes...» bajo pena de ser castigados como sediciosos y perturbadores del sosiego público.»

Al mismo tiempo, ordenaba a la facultad de Teología que de nuevo resolviera sobre la censura del libro de Santarelli (2 de enero de 1627). Después de una discusión violenta, en la que Du Val trató a los adversarios de la omnipotencia pontificia de «tiranos» y de «miserables,» los ultramontanos, los dóciles y los tímidos formaron mayoría, y «de sesenta y ocho (doctores) que eran, cincuenta no aprobaron los términos» de la censura.

El Parlamento, sin inmutarse, prohibió (4 de enero de 1627) a todo el mundo que discutiera la censura, bajo pena de lesa majestad. El rey, para acabar con aquel estado de cosas, avocó el litigio a su Consejo, y en vista de que el Parlamento se obstinaba, llamó al Louvre a algunos consejeros y les ordenó que no se metieran más en asuntos de la Sorbona «pues, de lo contrario, les haría ver quién era el amo, si ellos ó él.» En cuanto a Richelieu, les habló con mucha moderación: «No hay, les dijo, ningún teólogo docto, ni súbdito bueno ni hombre de bien que pueda dejar de considerar malas y abominables las proposiciones de Santarelli;» pero no correspondía al Parlamento, ni a la Sorbona, ni al rey hacer artículos de fe. Añadióles que el rey esperaba de Roma una censura contra Santarelli, y que, en defecto de ésta, él mismo daría una que satisfaría a todo el mundo; y que era preciso contentar al papa a fin de obtener un pronto arreglo de los asuntos de la Valtelina... «Es de desear que los movimientos de los Parlamentos sean parecidos y uniformes a los del rey y de su Consejo. Tal vez diréis, señores, que si conocieseis los motivos y la razón de los Consejos del rey, seguramente le seguiríais; pero a esto debo contestar que el capitán del barco no explica nunca la razón de la manera como lo conduce, que hay asuntos cuyo éxito sólo depende del secreto, y que muchos medios propios para lograr un fin dejan de serlo cuando son divulgados (1).» El Parlamento comprendió lo que aquellas palabras significaban y se calló.

II.—Ruptura con Inglaterra

Las relaciones con Inglaterra, tan magistralmente burlada, eran malas.

En el contrato matrimonial de Enriqueta de Francia, se habían tomado todas las precauciones para poner a

(1) D'Argentré, *Collectio judiciorum*, II, págs. 255-256. Es muy digno de notarse que Richelieu, en sus Memorias, no diga nada de su intervención, como si no le gustase recordar las circunstancias en que se mostró conciliador y moderado.

la futura reina de la Gran Bretaña al abrigo del proselitismo anglicano: tendría por limosnero un obispo y habría, además, en su casa otros veintiocho presbíteros y eclesiásticos; se llevaría a Inglaterra únicamente criados católicos y franceses que sólo podrían ser reemplazados por otros franceses católicos; conservaría a su lado y educaría a sus hijos hasta la edad de trece años; y finalmente el rey Jacobo I y su hijo se comprometían a no perseguir más a los católicos.

Los ingleses habían prometido más de lo que querían ó podían cumplir, pues tenían que contar con el Parlamento, que, después de la larga tutela de los Tudor, pretendía ahora autorizar con su voto todos los actos del gobierno, y reprochaba a los Estuardo sus prodigalidades, sus favoritismos y sus pretensiones absolutistas. Jacobo I, sucesor de Isabel é hijo de María Estuardo, nacido católico y educado por presbiterianos, al encontrarse jefe de la Iglesia anglicana al mismo tiempo que rey de Inglaterra, había adoptado con entusiasmo una Iglesia independiente del papa y muy dependiente del rey que conservaba del catolicismo la pompa del culto y la jerarquía eclesiástica y que era tan diferente de la Iglesia presbiteriana de Escocia, en la cual el soberano no tenía poder sobre pastores, iguales todos entre sí. Jacobo I estaba persuadido de que aquella organización democrática conducía a la supresión de la monarquía: «Donde no hay obispos, declaraba, no hay rey.»

Pero muchos ingleses no se habían contentado con la reforma bastarda inaugurada por Enrique VIII y definitivamente organizada durante el reinado de Isabel; detestaban todo lo que aquella reforma conservaba de su pasado católico, el altar, el sobrepele, el esplendor de las ceremonias y las demás «abominaciones» del papismo, y querían un culto sencillo y austero que sólo hablara al alma sin distraer la imaginación ni los ojos. Los unos soñaban con una Iglesia oficial constituida según el modelo de la de Escocia; los otros, Iglesias en absoluto independientes y autónomas. Jacobo I había perseguido a los miembros de las congregaciones disidentes y expulsado de la Iglesia oficial a los pastores favorables a la reforma del culto ó a la organización presbiteriana. Los «puritanos» eran numerosos en la Cámara de los Comunes y odiaban a los papistas, en lo cual coincidían con los anglicanos, pues unos y otros estaban convencidos de que el papa y los jesuitas habían jurado la ruina de Inglaterra.

Las persecuciones contra los católicos, momentáneamente suspendidas después de la firma del contrato, en los últimos meses del reinado de Jacobo I, fueron reanudadas en tiempo de Carlos I para aplacar la oposición parlamentaria que amenazaba con formular una acusación contra Buckingham.

Enriqueta de Francia, con la ligereza propia de sus diez y seis años, se complacía en desafiar la opinión de sus súbditos. Los sacerdotes que la rodeaban acariciaban la ilusión de que, como Berulle había manifestado al papa, influiría «tanto sobre su marido como influyó en otro tiempo una infanta francesa sobre Ethelberto, rey de Inglaterra, a quien, de pagano que era, convirtió en tan buen cristiano, que después fué canonizado.» Enriqueta recorrió a pie las estaciones prescritas por Urbano VIII para ganar las indulgencias del Jubileo

de 1625, y aun realizó una demostración más grave cual fué ir a Hyde-Park a visitar el campo de ejecución de Tyburn, en donde habían sido martirizados muchos católicos. Carlos I atribuía estas imprudencias a los consejos de aquellos sacerdotes extranjeros, se irritaba de su ingerencia indiscreta y, conforme se lo declaró a ellos mismos, creía que no podría poseer a su esposa mientras estuvieran al lado de ésta. Tomando por pretexto la peregrinación de Enriqueta al lugar de los suplicios, Carlos I despidió a toda la servidumbre francesa y sólo consintió que se quedaran dos sacerdotes, el P. Roberto Philipps, escocés, y el P. Viète, de la congregación del Oratorio (9 de agosto de 1626).

El gobierno francés, a instancias de Enriqueta, había intervenido torpemente desde un principio en las desavenencias de los regios esposos. Blainville, enviado a Inglaterra como embajador extraordinario, había adoptado «un tono tan altanero,» que fué preciso destituirlo (noviembre-diciembre de 1625) y mandar en su lugar, a fin de apaciguar los ánimos, al señor de Chevreuse, pariente de los Estuardo; pero las buenas relaciones, momentáneamente restablecidas, quedaron comprometidas definitivamente por el tratado de Monzón. Los ingleses habían comenzado la guerra contra Felipe IV é intentado apoderarse de Cádiz por sorpresa (octubre de 1625); y habiéndose negado Luis XIII a unirse a ellos, detuvieron los buques franceses que hacían el comercio entre la Coruña y los Países Bajos y bajo pabellón amigo transportaban mercancías enemigas. Luis XIII reclamó y Carlos I, después de haber ordenado que fuesen restituidas algunas de las presas, volvió sobre su acuerdo. Richelieu envió a Inglaterra un nuevo embajador, el mariscal de Bassompierre, el cual se conquistó las simpatías de Carlos I y calmó a la joven reina (octubre-diciembre de 1626). Los ingleses le prometieron vagamente asegurar la libertad del comercio marítimo; pero a su regreso vió en Douvres, en donde hubo de detenerse tres semanas a causa del mal tiempo, como dos pinazas inglesas se apoderaban de buen número de barcos franceses. Quedaba, pues, declarada la guerra.

En previsión de aquella ruptura, el marqués de Mirabel, embajador de España en París, y el P. Berulle habían hablado de un proyecto de alianza entre ambas coronas, y Richelieu, a quien hablaron de ello, había alabado sin reservas el proyecto que se atribuía al marca español «de efectuar un desembarco en Irlanda,» y lamentando que el rey de Francia no tuviera buques para atacar al mismo tiempo la isla de Wight.

Entabláronse negociaciones, misteriosamente llevadas por el P. Berulle; Olivares proponía que Francia y España formasen una liga ofensiva y defensiva por diez años... «considerando comunes entre sí a los amigos y enemigos» (septiembre de 1626).

Richelieu, por miedo a las astucias de España, sólo avanzaba, según él mismo dice, «con la sonda en la mano,» aceptando la idea de una acción común contra Inglaterra, rechazando la de una liga contra «las antiguas alianzas de los suizos, Venecia y Saboya,» y aplazando todo proyecto contra «Holanda» y «Alemania (protestantes), por ahora.» Sin duda «parecía que la bendición de este siglo fuese la ruina de la herejía, y que Dios quisiese arruinar la herejía... como lo había hecho

en el Bearn y en Alemania y comenzaba á hacerlo en Inglaterra y haría, á su debido tiempo, lo mismo en otras partes;» pero era preciso esperar el momento oportuno: «Si Dios nos concede la gracia de prever el fin del partido de los que son rebeldes al Estado y á la Iglesia, como esperamos, atenderíamos con gusto á lo que España pueda desear para otras cosas.» (Instrucciones á Fargis, 19 de octubre de 1626.)

Buckingham, á punto de declarar la guerra á Francia, trataba de firmar con España una tregua ó la paz; de ello se aprovechó Olivares para intimidar á Fargis, á quien decidió, á pesar de los consejos de Richelieu, á firmar, en 20 de marzo de 1627, un tratado por virtud del cual «el rey de España... declaraba tan sólo... que ejecutaría, con todo el poder de sus fuerzas,» contra Inglaterra «todo género de hostilidades permitidas en guerra real; lo que también Su Majestad (Luis XIII) prometía hacer, á más tardar en el mes de junio de 1628.»

El rey quedó muy descontento de un tratado en el cual España no contraía ningún compromiso concreto; pero lo ratificó para asegurarse siquiera la neutralidad de aquella potencia (20 de abril de 1627).

Otra satisfacción tuvo el partido devoto, que detestaba, por muchas razones, á Fancán, el buen servidor de Richelieu. Ese canónigo de San-Germán l'Auxerrois se mofaba de los milagros; era enemigo de los Jezuítas y del nuncio; aconsejaba que se crearan dificultades al papa en el Comtat Venaisín para obligarle á recurrir al rey y no «dejarle nunca libre de temor;» y decía que era menester «apoyar á la Sorbona y á la Universidad, excluir de las cátedras públicas á los que tienen sentimientos contrarios al bien del Estado» y tomar al clero los 20 millones necesarios para desempeñar el real patrimonio.

Fancán no sólo recomendaba las alianzas protestantes, sino que, además, tenía corresponsales en Inglaterra y en otras partes y estaba en comunicación con sus amigos del extranjero. La memoria (redactada hacia fines de 1625) que Gardiner, el historiador de los Estados, atribuyó á Richelieu, creyendo que éste era el único capaz de escribirla, es de Fancán y constituye un alegato sin ambages en favor de la paz con los hugonotes y de la guerra en Alemania y contra las alianzas católicas.

De aquí que Fancán estuviera muy descontento del cardenal, que se reconciliaba con España y con Roma y fortalecía á los Lorena dejando que Gastón de Orleáns se casara con la hijastra del duque de Guisa. «El Estado, escribía, está muy mal en el interior y en el exterior... Todos los cuerpos están descontentos, los príncipes de la sangre alejados, el rey celoso de su hermano y poco avenido con la reina (Ana de Austria), los ministros del Estado poco unidos... En cuanto al exterior... el rey está mal con todos los antiguos aliados de la corona y con todos los príncipes y repúblicas de Europa.» ¿Y cuál es el remedio? «Hacer la paz en el interior, dar contentamiento á los de la religión, contradecir á Roma, quitar la dirección de la conciencia del rey á los Jesuítas, cambiar los Consejos,» dejar al nuncio á un lado y reanudar las alianzas con Inglaterra. Irritábase de que no le hicieran caso: «El tiempo pasa, la paciencia se me acaba y el temor de ver nuestros males sin remedio me sume en la desesperación.»

Richelieu pudo temer que aquel «buen francés» furioso escribiera contra él alguno de aquellos libelos cuya eficacia había podido apreciar en los escritos contra los Brulart y La Vieuville; y Berulle, el nuncio Spada y Marillac aprovecharon aquel miedo para arrancarle la orden de encerrar en la Bastilla al enemigo del partido devoto (4 de junio de 1627). Pero Fancán le había prestado tantos servicios, que para justificar ante la posteridad su ingratitud, Richelieu le imputó toda clase de crímenes, acusándole de enemigo del tiempo presente, de libertino declarado, de ateo, de libelista, de amigo del partido hugonote, de espía de los protestantes extranjeros y de inventor de falsedades para «sembrar divisiones entre personas cuya unión era necesaria para la paz del Estado.» Fancán murió en la Bastilla, antes de transcurrir un año de su prisión, víctima de la reconciliación de Richelieu con el partido devoto. El gobierno, además, había solicitado y obtenido de Roma la promoción de Berulle al cardenalato (30 de agosto de 1627).

III.—El sitio de la Rochela

Buckingham contaba, en defecto de España, con el duque de Saboya, con el duque de Lorena, con los descontentos de Francia y sobre todo con los hugonotes. Después de haber enviado al más joven de los hijos del conde de Manchester, Walter Montague, á visitar á los enemigos de Francia, y de haber advertido á Rohán del propósito de Carlos I de socorrer á las Iglesias, partió el 27 de junio de Portsmouth con una flota de algunos centenares de buques, 5.000 hombres y 100 caballos, y se dirigió hacia la Rochela. Desde el mes de febrero, Richelieu esperaba un ataque y por esto había apresurado los armamentos en la isla de Re, en la isla de Olerón, en Marans y en Brouage. Buckingham apareció á la vista de la Rochela en 10 de julio, pero en vez de atacar directamente el fuerte Luis, quiso apoderarse de Re, defendida por la ciudadela de Saint-Martin, y por el pequeño fuerte de La Prée. Toiras, gobernador de la isla, se opuso al desembarco con 1.200 infantes y 200 caballos, pero después de una vigorosa resistencia, hubo de encerrarse en Saint-Martin, en donde fué sitiado.

Sir Guillermo Becher, enviado á los rochelenses para anunciarles la llegada de la flota inglesa, encontró cerradas las puertas de la ciudad, y fué menester que la duquesa viuda de Rohán, muy popular en la Rochela, saliera á recibir á su hijo y al diputado de Buckingham y cogiéndoles de la mano les hiciera entrar con ella, «con gran regocijo del pueblo, pero contra la voluntad del alcalde y de los que gobernaban.» Becher, conducido á las Casas consistoriales, prometió á los reformados un importante socorro por tierra y por mar contra la tiranía del Consejo de Francia, con tal que se comprometiesen á no firmar ningún tratado, acuerdo ni paz sin el parecer y consentimiento del rey de Inglaterra, «prometiéndole también lo mismo de parte de éste.» La municipalidad hizo contestar á Buckingham que agradecía al rey de la Gran Bretaña las simpatías que manifestaba hacia los reformados de Francia; pero que no siendo los rochelenses más que un miembro del cuerpo de las Iglesias, nada podían decidir sin antes ponerse de acuerdo con éstas.

La burguesía temía la guerra, y el mismo pueblo, dice Rohán, «carecía de energía y de valor.» El partido no tenía más que dos jefes, Rohán y Soubisse. Bouillon había muerto, y sus hijos, Federico Mauricio y Turena, contaban, en 1627, el uno veintidós años y el otro apenas diez y seis; Sully era viejo y se sentía menos dispuesto que nunca á sublevarse; La Force y Chatillon disfrutaban en paz del mariscalato que con su sumisión se habían conquistado; y La Tremoille estaba á punto de convertirse, como, en efecto, se convirtió. La aristocracia abandonaba la Causa. Por otra parte, era muy difícil justificar la rebelión, porque si bien Luis XIII se negaba á demoler el fuerte Luis, la verdad era que sólo había prometido, y aun verbalmente, hacerlo cuando lo juzgase conveniente; y en cuanto á las fortificaciones emprendidas por Richelieu en Brouage, en Marans y en las islas de Re y de Olerón, lo mismo podían justificarse por el temor á los ingleses que por el odio á los rochelenses. Los reformados más perspicaces presentaban vagamente que la corte abrigaba malas intenciones; pero no tenían de ello más pruebas que sus temores.

Más aún que la Rochela vacilaba el Mediodía. Rohán, temeroso de una fuerte oposición, no se atrevió á convocar en forma una asamblea general de las Iglesias, y en un mismo día escribió «á todas las principales comunidades» de los Cevenas y del Bajo Langüedoc, «sin que unas lo supieran de otras,» que enviaran delegados á Nimes para enterarse «de cosas que les importaban en particular.» Nimes, Uzés, Saint-Ambroix, Alais, Anduze y el Vigán nombraron delegados, que Rohán se llevó á Uzés constituyendo allí la asamblea, «en la seguridad de que con su presencia ésta quedaría más firme en su partido.» Aquella reunión, bien trabajada y caldeada con la exposición de los agravios, le suplicó que volviera á desempeñar el cargo de general de los reformados y decretó el alzamiento en armas; además renovó el juramento de unión «al cual se añadirá la incorporación á las armas de la Gran Bretaña,» bien que protestando solemnemente de que querían vivir y morir en la obediencia del rey, su príncipe legítimo y natural.

Rohán esperaba que el ejemplo de aquellas ciudades arrastraría al resto de las Iglesias; pero los habitantes de Milhau le escribieron que nunca se apartarían «de la fidelidad y sujeción á que Dios y su nacimiento les obligaban con Su Majestad;» añadiendo que sin querer enterarse más del propósito del extranjero ni de los intereses que le habían movido á efectuar aquel desembarque, se habían prometido «por juramento no adherirse á él, pues creen firmemente que no hay razón de Estado ni de religión que se lo aconseje» (23 de octubre de 1627). Los cónsules y la asamblea de la ciudad de Montaubán declaraban que se oponían «así al señor de Rohán como á todos los demás que emprendieran algo contra el Estado, y que detestaban y aborrecían las armas de Inglaterra.» La ciudad de Castres expulsó al señor de Saint-Germier, senescal de Carcasona, que había tramado un complot para entregar la población á Rohán (14 de octubre). El señor Galand, ex comisario regio cerca de los sínodos, enviado en septiembre de 1627 al Mediodía para tranquilizar á los correligionarios pacíficos y prometer la conservación de los Edictos,

encontró las poblaciones dispuestas á la obediencia en el condado de Foix, en Pamiers, en Mazerés, en el Mas de Azil y en Mazamet. La burguesía se declaraba contraria á Rohán, pero el pueblo y una parte de la pequeña nobleza estaban en favor suyo. Rohán reunió 5.500 hombres, se presentó en el Alto Langüedoc, se apoderó de Revel y de Realmont y consiguió que Millau, á pesar de sus cónsules, se sublevara; y acababa de rechazar á Montmorency y de apoderarse de Pamiers (22 de noviembre de 1627), cuando los reveses de los protestantes de los Cevenas y del Vivarais le obligaron á retroceder.

Después de dos meses de tergiversaciones, los habitantes de la Rochela habían declarado su unión con los protestantes del Mediodía y con los ingleses (septiembre). Las tropas reales que, en ausencia del rey, mandaba el duque de Angulema, se limitaron á cerrar los pasos del lado de tierra. Todos los esfuerzos de Richelieu tendían á aprovisionar, á pesar de la flota inglesa, Saint-Martin-de-Re, que Buckingham trataba de rendir por hambre, y quería enviar allí desde las Sables-d'Olonne, ó desde Brouage ó desde cualquier otro punto de la costa, una flotilla cargada de víveres. Su actividad abarcaba el conjunto y el detalle de las operaciones, y hacía improvisadamente de abastecedor, de constructor de buques y de ingeniero. Los prelados y monjes que le rodeaban, el obispo de Maillezaís, Sourdis, el obispo de Mende, Daniel de La Mothe du Plessis-Haudancourt, el P. Marsillac y el P. Plácido de Bremond, un benedictino que se titulaba «caballero de la Cruzada,» corrían de un puerto á otro, reunían chalupas y embarcaciones planas, apresuraban los armamentos y organizaban los convoyes. «...Os juro, escribía Richelieu á su cuñado, el marqués de Breze, que preferiría morir á ver perecer al señor de Toirás por falta de víveres.»

Hasta el 6 de octubre no pudo un convoy de treinta y cinco barcos, salido de las Sables-d'Olonne, pasar por entre la flota inglesa y arribar á Saint-Martin. En la noche del 16 de octubre fué también aprovisionado el fuerte de La Prée.

Hacia pocos días que Luis XIII había llegado al campamento (10 de octubre). Era preciso arrojar al enemigo de la isla de Re antes de que lord Holland le llevara refuerzos de Inglaterra. El rey, que no podía arriesgarse en aquella aventura, escogió las tropas de desembarque «soldado por soldado,» los maestros de campo, los capitanes y todos los oficiales; y fueron tantos los voluntarios que se ofrecieron, que el monarca hubo de desechar á muchos de ellos, pero lo hizo con exquisita cortesía, á fuer de buen hijo de Enrique IV. Uno de los excluidos reclamaba enérgicamente: «¿Y por qué no he de pasar?, exclamó.—¿Queréis que me quede solo?» le respondió sonriendo Luis XIII. Aquel ejército escogido, formado por 2.000 infantes y 200 caballos y mandado por Schomberg, salió de la isla de Olerón y abordó al Sudoeste de Re, cerca del fuerte de La Prée (8 de noviembre).

Buckingham no esperó el ataque, sino que hizo que sus tropas se retiraran siguiendo la costa occidental para embarcarlas en la isla de Oyes; pero Toirás y Schomberg atacaron su retaguardia matándole de 1.000 á 1.200 hombres. Algunos días después, Buckingham se hizo á la vela con rumbo á Inglaterra.